

Sobre la verdad, el existir y el morir: Søren Kierkegaard

Ángel Viñas Vera, ss.cc.

Doctorando de Filosofía en la Universidad Pontificia Comillas

Recibido: 25 mayo 2013

Aceptado: 26 noviembre 2013

RESUMEN: Søren Aabye Kierkegaard nació el 5 de mayo de 1813. Este año se cumplen 200 años de su alumbramiento. Con él nacía y crecía un nuevo modo de filosofar y creer; modo en el que razón y la estética fueron superadas por la verdad y la fe. Una fe vivida al estilo de Abraham, con todas sus consecuencias y siempre abierta al Dios de Jesucristo. Un hombre único que pensó la singularidad del ser humano de manera absolutamente radical.

PALABRAS CLAVE: Kierkegaard, Sócrates, desesperación, fe, compromiso, Abraham.

About truth, existence and death: Søren Kierkegaard

ABSTRACT: Søren Aabye Kierkegaard was born on 5 May 1813. This year is the 200th anniversary of his birth. With him a new way of philosophing and believing was born; a way in which reason and aesthetics were over passed by the truth and faith. A faith lived according to Abraham, with all its consequences and always opened to Jesus Christ's God. A unique man that thought about the singularity of the individual in an absolutely radical way.

KEYWORDS: Kierkegaard, Socrates, desperation, faith, commitment, Abraham.

*Al P. Ramón Mera, ss.cc.
Caballero de la fe*

Este artículo pretende ser un gesto del necesario reconocimiento a aquel que no lo quería, a aquel que no se consideraba maestro ni iniciador de ninguna escuela. Aquel que consideraba una locura o idiotez decir que había-

mos aprendido algo de él. Nunca se consideró un maestro, nunca se consideró un pastor, nunca se consideró alguien que enseñaba. Un ser singular que quería llegar a ser cristiano, que quería ser verdadero, libre, apasiona-

do, bueno, sensible a la hermosura del mundo sin quedar atrapado en sus redes. Gozoso de la vida y de sus placeres puede acompañarnos en este viaje, en esta experiencia de acercarnos a su vida y obra de la mejor manera: leyendo los textos por él publicados y/o firmados.

Es el escritor que usaba pseudónimos para la mayoría de sus libros, como si fueran máscaras para poder decir todas las vidas que vivían en su alma. El escritor que firmaba con su nombre los escritos o discursos edificantes, escritos religiosos, porque era ahí donde aparecía el corazón de aquel que sabía que necesitar de Dios era la suprema perfección del hombre. Un hombre, y creo que esto es lo decisivo en él, que puede ayudarnos a ponernos ante el Misterio de un Amor encarnado que está dispuesto a sufrir para poder tocar nuestro tiempo y nuestra carne. Leer a Kierkegaard nos llevará a repensar lo central de la fe y, por tanto, a entrar en esa relación única y singular que cada creyente tiene con el único Maestro. Como muy bien nos indica Carlos Goñi: «Así pues, “llegar a ser cristiano” es el hilo conductor de todos los escritos kierkegaardianos, desde el principio hasta el final, desde los más celebrados hasta los aparentemente más in-

significantes»¹. Creo que la mejor manera de celebrar y recordar el 200 aniversario de su nacimiento es invitar a la lectura apasionada de sus obras.

Este artículo no pretende ser más que una invitación a leerle, una sencilla introducción a los elementos decisivos de este hombre tan singular. Retazos de la vida familiar, el diálogo con el maestro humano Sócrates, la locura que supone Cristo, el misterio de existir y los estadios de la vida serán las etapas de este viaje. Intentaremos, como broche, ver cómo fue el conflicto con la iglesia danesa al final de sus días. Posiblemente a Søren Aabye Kierkegaard haya que leerlo, *mutatis mutandis*, siguiendo esas instrucciones que el verdadero Maestro que él reconocía daba para la oración: «Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve lo secreto, te compensará» (Mt. 6, 1ss). Kierkegaard decía que la Palabra de Dios hablaba de ti y para ti, querido lector. Quienes hemos tenido la dicha y el pesar de leerle sabemos que Kierkegaard escribe para ti, querido lector, y sobre ti, querido hermano.

¹ C. GOÑI, *El filósofo impertinente. Kierkegaard contra el orden establecido*, Editorial Trotta, Madrid 2013, 138.

1. Una vida singular

Søren Aabye Kierkegaard nació el 5 de mayo de 1813 en Copenhague. Michael Pedersen Kierkegaard (1756-1838) y Ane Sørensdatter Lund (1768-1834) fueron sus padres. Su padre tenía cincuenta y seis años y su madre cuarenta y cinco cuando nació Kierkegaard, el séptimo y último de sus hijos.

Hay dos acontecimientos familiares que marcaron fuertemente la vida de Søren. Michael, cuando era niño, hizo algo que no debió hacer. Algo que le pesa en el alma y siempre le pesará. Todo ocurrió cuando era un joven pastorcillo que cuidaba las ovejas en Jutlandia para poder ayudar a subsistir a su familia pobre. Un día, en la desesperación producida por el hambre y el frío, la soledad y la vida extremadamente dura, blasfemó contra Dios y lo maldijo. Nunca olvidará este acontecimiento. A los ocenta y dos años seguía recordándolo como si hubiera sido un acontecimiento actual, como si ese acontecimiento diera sentido a los sucesos que se habían ido produciendo en su matrimonio. Su hijo Søren lo recogerá en su diario personal como el día de una revelación importante. Tenía treinta y tres años y en el alma se le metió aquello que la Palabra repite en el Antiguo Testamento: que Dios

castiga en los hijos el pecado de sus padres (cf. Ex 20, 5).

El segundo acontecimiento que marcó su vida fue el modo en que vino al mundo su hermano mayor. El padre de Kierkegaard se casó en primeras nupcias con Kirstine Nielsdatter, quien a los dos años falleció sin descendencia. A los trece meses del fallecimiento se casó con Ane, sirvienta en el primer matrimonio. Antes de estar casados resultó que quedó embarazada. Un hombre de una piedad luterana muy marcada sufrió por este pecado e incrementó en él la sensación religiosa de que una maldición o castigo divino podría venirle tanto por el primer suceso como por éste.

De los siete hermanos que tuvo Søren, cinco se fueron muriendo de forma más o menos prematura. ¿Cómo no relacionar por parte de un hombre creyente, las palabras dichas de niño y el pecado carnal con Ane, a estos desastrosos acontecimientos? ¿Cómo lo viviría Michael, el que fuera calcetero en Copenhague, y ahora próspero comerciante? ¿Cómo lo viviría Kierkegaard al ver cómo sus hermanos morían después de saber cómo el padre vivía todo esto? ¿Por qué los escritos edificantes, religiosos, se los dedica Kierkegaard a su padre? ¿Sólo porque aprendió de él y de las grandes conversaciones que te-

nían pastores y hombres religiosos en su casa cuando era niño? ¿Por qué desearía aliviar el sufrimiento de su padre?

Además, un decisivo tercer acontecimiento marcó su vida: su relación con Regina Olsen. Tras una juventud bastante alocada emocionalmente y no exenta de fiestas, Kierkegaard se enamoró de Regina. La joven Regina era hija del consejero de justicia Terkel Olsen y de Regina Federica Mailling. Cuando ella tenía quince años, Søren se enamoró al verla; dos años más tarde, el 10 de septiembre de 1840, se comprometió con ella. Un año después, el 11 de octubre de 1841, se produce la ruptura oficial. Sin embargo, la amaba y la amó siempre. A tenor de su testamento encontrado en su casa al morir, la consideraba el amor de su vida y la persona a la que se sentía unido de una manera muy especial. Asimismo, podemos decir que no parece que pueda entenderse la ruptura si no es desde lo que era el núcleo de la actividad y el deseo del corazón de nuestro autor: se sentía llamado a escribir y a intentar ser cristiano. Hay muchas interpretaciones sobre la ruptura con Regina. Hay quienes afirman que este acontecimiento es decisivo para entender toda la obra de Kierkegaard. No diré tanto. ¿Cómo fue posible que alguien, que

ha descrito como pocos la hermosura del matrimonio y del amor humano, decidiera romper con la que amaba y amó hasta el final? ¿Debemos verlo como un sacrificio religioso? ¿No serán todos estos acontecimientos familiares y personales los que hagan que su espíritu vuelva una y otra vez sobre dos relatos bíblicos, Job y el sacrificio de Isaac por Abraham? Si no hubiera sido un hombre religioso no se habría entendido la manera tan singular de vivir estos acontecimientos. Nada es simple en su vida. Es un singular que intenta vivirse en verdad, intentando encontrar una verdad por la que vivir y morir, una verdad que sea verdad para él.

Søren estudió teología, literatura y filosofía. Teología por tradición familiar, por hacer feliz a su padre. Muerto éste, acaba sus estudios teológicos y presenta rápidamente su tesis sobre la ironía en Sócrates. Su vida hasta este punto se mueve entre el descubrimiento de la literatura y el disfrute de la ópera, en especial *Don Giovanni* de Mozart. Acudir al teatro, criticar la literatura que se hacía en aquel momento, apasionarse por los clásicos, disfrutar de la juventud, añorar una paz que su espíritu y su educación familiar no le daban, etc. En todo esto estaba Kierkegaard cuando presentó su tesis

doctoral sobre el gran maestro humano, el gran filósofo, el gran Sócrates.

2. Sócrates y la verdad

La pasión de Kierkegaard por Sócrates es indiscutible. Lo lee, lo comenta, lo critica, lo alaba. Le parece que Sócrates es el ser humano que ha dicho lo más sublime sobre la verdad. Ha abierto una nueva manera de entender la vida y la verdad. Sócrates aparece directamente en muchas de sus obras. Si no fuera por el verdadero Maestro, Sócrates aparecería como el único maestro de los hombres.

¿Por qué Sócrates? ¿Qué ve en él? Una manera de entender la vida y la verdad, el bien y el actuar que se convierten en decisivas para el filósofo danés. Sócrates ha puesto encima de la historia de los hombres que la verdad es tan peculiar que esencialmente no es algo que fundamentalmente se conoce, sino algo que se vive. La verdad es algo que tiene que ver con lo que hago a partir de lo que sé, y, sobre todo, con el por qué hago lo que hago. La verdad tiene que ver con un no saber qué hacer porque he descubierto que no sé lo que es la verdad. La verdad es apropiación, hacer mío, en primer lugar, la ignorancia de no saber qué es la ver-

dad, vivir, el bien y el mal, lo que debe hacerse aunque nos vaya la vida en ello. Sólo la docta ignorancia nos pondrá en el camino de la verdadera vida, de la verdad. Una verdad que siempre tendrá rostro de bondad. Una verdad tan peculiar que no cabe hacer ciencia de ella. De ahí que la incertidumbre sea el rasgo existencial que acompaña al filósofo que se sabe más buscador que sabio. Es la ironía socrática, la certidumbre de mi incertidumbre ante lo decisivo, ante lo sagrado, ante el Bien. Herencia irrenunciable del filósofo griego.

*¿Hasta qué punto puede aprenderse la verdad?*². La verdad, si puede ser aprendida, es porque de alguna manera está presente en nosotros y mediante el diálogo podremos ir parándola. Esta es la idea socrática, la mayéutica, el parto que nos produce la palabra compartida con el otro que va ayudándonos a que salga a la luz lo que llevábamos dentro. Kierkegaard piensa que no necesariamente tiene que ser así. Si no hubiera existido Cristo, así sería. Puede ser que la verdad comparezca de otra manera y que realmente pueda ser enseñada por el único Maestro. Kierkegaard ha visto que la verdad teóri-

² S. KIERKEGAARD, *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*, Editorial Trotta, Madrid 2007², 27.

ca, especulativa o meramente racional olvida algo esencial: que las verdades no existen en el aire, sino que son verdades de un existente, para un existente, con un existente. Y éste es siempre un particular, uno que sabe que no está en la verdad y que la necesita. Una verdad que la necesita para vivir. Saber sufrir, morir, amar, saber alegrarse o perdonar no es lo mismo que saber qué es el átomo, la ley de la oferta y la demanda o las causas de la revolución rusa. Además, y para mayor dificultad, no es lo mismo saber qué es el amor que amar, saber qué es el perdón que perdonar. Incluso dentro de este tipo de verdades que son las decisivas, no es lo mismo saber que actuar. Y ahí emergen dificultades y luces decisivas para que nadie pueda atribuirse el estar en la verdad. Verdades que siempre están delante, nunca ya del todo en mí. Verdades que son el Bien al que tendemos y que nunca lo poseemos. Verdades que no se dejan enredar en lo útil o lo emotivo porque tanto lo uno como lo otro olvidan el carácter absoluto de esa verdad que buscamos y anhelamos.

Un hombre no puede enseñar a otro hombre esta verdad. O porque ya la tenemos en el alma, y sólo se trata de sacarla a la luz mediante el diálogo socrático. O por-

que esa verdad viene de fuera de mí, viene de Alguien que nos visita en el tiempo, una Alteridad que ella misma es la verdad y que radicaliza aún más la incertidumbre donde nos había dejado Sócrates.

3. Dios en el tiempo: Cristo o el verdadero Maestro

Para Kierkegaard es posible que al hombre le ocurra algo más y diferente. Al hombre puede visitarle Dios. El misterio de la Encarnación es central en su reflexión sobre el tiempo, la verdad, la alteridad, el hombre. Al venir Dios en el tiempo, la verdad ya no será algo que conocemos porque la recordamos o la deducimos a partir de la experiencia que vamos teniendo con otros. Al visitarnos Dios en Cristo, la verdad puede ser enseñada por el único que podría hacerlo: Cristo.

El planteamiento socrático-platónico no le permitía asumir el acontecimiento Cristo. Si es posible ir más allá de Sócrates, será porque hay una verdad diferente. Dada en un tiempo cargado de eternidad que supone un nuevo nacimiento para el que la recibe. Dios es la Alteridad radical que no puede ser descubierta desde una razón que se proyectara a partir de lo visible o lo invisible. Dios no

puede ser demostrado porque entonces no sería Dios. La existencia no es algo que pueda surgir como resultado de un razonamiento.

¿Qué verdad es la que trae Cristo? Una verdad tal que el discípulo no puede dejarla nunca atrás. La verdad es Él mismo. Por eso, nunca estamos en la verdad a no ser que seamos santos como sólo Dios lo es. El advenimiento de Cristo hoy a cada persona –y siempre que viene, vino y vendrá, es *hoy* para esa persona– pone de manifiesto a la vez no sólo que soy ignorante en relación a la verdad, sino que soy culpable de no estarlo. Que no estar en la verdad es estar en una situación tal que sólo puede ser vencida por la Verdad que me visita. ¿Cómo es esa visita? En la forma de Siervo humillado. Un Amor misericordioso que busca más la vida del hombre que la realización de su plan. ¿Qué produce en el hombre su visita? Un nuevo nacimiento, una nueva vida. ¿Es accesible esta verdad por la sola razón? No. La fe es la única que puede darnos la puerta de acceso. Y esa fe es condición que da Dios para poder acogerle.

La incertidumbre en la que nos había dejado Sócrates se convierte en absurdo ante ese Dios que viene en el tiempo en forma de Siervo humillado. No se trata de vivir en la docta ignorancia. Se trata de vivir la locura de la fe, el escándalo de

ser un discípulo, un contemporáneo de Cristo. ¿Es esta la única vida posible para el hombre? ¿Cómo podemos vivirmos? ¿En qué consiste ser hombre para Kierkegaard?

4. Del misterio de la existencia

Posiblemente una de las ideas más conocidas de Kierkegaard sea el esquema de los estadios o etapas en el camino de la vida. El esteta, el ético y el religioso aparecen una y otra vez en sus libros indicándonos que existir es algo que se puede decir de muchas maneras. Que vivir es algo a lo que vamos naciendo. Que se nace varias veces. Que existir es algo más que dejarse vivir.

Según Kierkegaard, el estadio estético de la vida es aquel en el que el hombre se vive en su inmediatez, en el goce o el dolor egocéntrico, en la rotación incesante de experiencias. El otro no es más que un actor en mi obra de teatro. El tiempo no pesa porque se vive en un presentismo que ahoga incluso el mismo momento presente. La imagen sublime, que no única, del esteta es el Don Juan de Mozart. Un hombre que saborea y experimenta muchas vidas en un continuo goce y disfrute sin responsabilizarse de nada, sin comprometerse a nada, viviendo en el reino de la posibilidad continua-

mente. ¿Qué produce un estilo de vida así? Kierkegaard piensa que produce mucha hambre y escepticismo, duda y hastío, aburrimiento y cansancio.

Pero si vivir es algo que se va descubriendo a medida que el hombre hace y le pasan cosas, puede que un día el hombre tenga la experiencia dolorosa y durísima de haber producido con sus actos o palabras el mal a otra persona. La desesperación puede provenir por el hastío o escepticismo de la vida estética, pero puede venir por la experiencia más cotidiana del daño realizado a alguien a quien amas. Ese día descubres que eres un alma libre –porque has hecho algo que no se debía hacer–. Descubres que existen los otros, aunque lo sepas con lágrimas en los ojos por la culpa ante el daño hecho. Descubres que existen el tiempo, el presente, el pasado y el futuro y que no es esencialmente lo que la ciencia nos dice sobre ellos. Descubres que hay cosas que no se deben hacer, que lo ético se juega más en la intención que en el hecho. Ese día el hombre descubre –estadio ético de la vida– que vivir es existir y que existir no es pensar o sentir, sino actuar y hacer lo que se debe. Como si fuera un nuevo nacimiento, acabamos de entrar en la existencia propiamente dicha. La desespera-

ción producida ha sido la partera que nos ha introducido en un mundo nuevo. De ahí que Kierkegaard le recomiende al esteta y a todo hombre que quiera existir, que se comprometa con algo, que se case, haga amigos, trabaje, etc. Es el casado de *O lo uno o lo otro*³ el que expresa con una hermosura maravillosa el misterio del amor matrimonial, que recoge lo más valioso del amor estético.

¿Qué hace el hombre cuando haciendo lo que debe se produce una catástrofe en otro hombre o mujer? ¿Qué hace el hombre cuando intentando ser bueno hace el mal que detestaba? ¿Qué hacer cuando se hace lo que no se quiere? ¿Qué hace la ética cuando el individuo se siente arrepentido por el mal realizado e implora perdón? La ética no sabe qué hacer con el arrepentimiento y el deseo de perdón. Ella nos dice lo que se debe hacer y cómo se debe hacer. La desesperación llega a cimas muy altas y la angustia ya no es la angustia ante la nada de la situación paradisiaca del ser humano, ni la angustia ante el vértigo de la vida. El estadio religioso comienza cuando un hombre o una mujer

³ S. KIERKEGAARD, *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida I*, Editorial Trotta, Madrid 2006; ÍD., *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida II*, Editorial Trotta, Madrid 2007.

vive la ética como insuficiente, como prueba e incluso como tentación. Si Don Juan era la imagen del esteta, y Sócrates o el casado, la del ético, Abraham es el personaje religioso por antonomasia. A Abraham se le pide que sacrifique a su hijo, al que tanto amaba, a Isaac. No se trata aquí de cambiar una ética humana por otra religiosa. Es una petición divina que salta por los aires la posibilidad de vivirse sólo en el estadio ético, núcleo y esencia del existente. No se trata de apoyar un fundamentalismo religioso donde lo divino puede pedir cualquier barbaridad. Kierkegaard afirma claramente que lo que debemos imitar de Abraham es su fe y su amor a Dios, no su sacrificio. Cuando el hombre vive ante Dios no hay agarradera posible que pueda dejar mi conciencia tranquila. Ni la ética, ni las costumbres sociales, ni la iglesia. Nada te libra de la soledad amorosa y angustiosa ante tu único Señor, donde él puede pedirte cualquier cosa. Un caballero de la fe que sabe que nada es Dios y que todo bien perfecto viene del Cielo, ama a su Señor más que a sus dones.

5. ¿Quién es un cristiano?

A partir de 1850 y hasta su muerte en 1855, Kierkegaard va a entrar

en una serie de conflictos con la Iglesia luterana danesa y con la sociedad de su época. Este conflicto le llevará, entre otras cosas, a dejar de publicar en *El Corsario*, revista danesa crítica con la sociedad actual, con quien tuvo grandes discusiones y disensiones en público y en privado. De aquel tiempo vienen las caricaturas de Kierkegaard que corrían por las calles.

¿Cuáles son las raíces del conflicto? Para Kierkegaard, ser cristiano es ser un contemporáneo de Cristo. Dios se hace compañero nuestro al irrumpir en el tiempo y tocar nuestra carne y nuestra historia. Y esto es un escándalo. Hacerse cristiano es algo muy difícil. Es vivir el evangelio de Jesús que no puede ser edulcorado o ninguneado. Sin embargo, los eclesiásticos de la época se habían encargado de hacernos creer que se es cristiano por el hecho de nacer en un sitio o pertenecer a una familia. La identificación Iglesia-Estado en Dinamarca era total en aquel momento. Con lo difícil que es *entrar por la puerta estrecha* (Mt 7,13) y aquí todo el mundo entra por el hecho mismo de recibir un poco de agua en el bautismo. ¡Job y Abraham gritan desde el cielo que la fe es un escándalo! El evangelio de Jesús, que pedía a sus discípulos cargar con la cruz y negarse a sí mismos,

se había convertido en el evangelio de la dicha y la alegría, del goce estético. Ser cristiano era lo natural. Ser cristiano era ser un hombre como otro cualquiera, pero con algunas ideas diferentes. Todo esto era inadmisibile para alguien que entendía que ser cristiano era seguir al que *no tiene donde reclinar la cabeza* (Lc 9, 58).

El conflicto con la iglesia llegó a su culmen a raíz de la muerte del Obispo Mynster, amigo de su difunto padre y a quien Kierkegaard conocía desde niño. En su funeral, el obispo Martensen –corría el año 1854– dijo de Mynster que era un «testigo de la verdad». Kierkegaard no pudo callarse; explotó. Un testigo de la verdad, para Kierkegaard, no puede ser alguien que vive en la opulencia, en la alegría de vivir, en el goce. Un testigo de la verdad muere y sufre por la verdad. Como dice él mismo:

«Un testigo de la verdad es un hombre que responde de esa verdad desde un estado de pobreza, viviendo en la mediocridad y la humillación, un hombre a quien nadie aprecia en lo que vale, a quien se aborrece, se des-

precia, se insulta y escarnece, finalmente es crucificado, decapitado, quemado en la hoguera o asado en la parrilla, y su cadáver es abandonado por el verdugo sin darle sepultura –¡así se entierra a un testigo de la verdad!– o sus cenizas arrojadas a los cuatro vientos»⁴.

Kierkegaard murió en el hospital Frederik el 11 de noviembre de 1855, después de un colapso que sufrió en la calle. No quiso recibir los últimos sacramentos porque quería que se los diera un laico. Ni siquiera dejó que su hermano, que era pastor, se lo diera. No quería recibir nada de manos de los asalariados que habían prostituido el evangelio. Había pedido que en su lápida se escribiera:

«Dentro de poco
habré triunfado.
Entonces mi lucha
terminará por fin.
En una sala de flores
podré descansar
y en un coloquio eterno
extasiarme con mi Jesús»⁵. ■

⁴ C. DÍAZ, *Søren Kierkegaard*, Colección Sinergia, 2013, 61.

⁵ C. GOÑI, *op. cit.*, 167.